

Nelson González Ortega

***Colombia: una nación en formación en su historia y literatura
(siglos XVI-XXI)***

Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 2013. 467 pp.

ISBN 978-84-8489-723-1

Felipe Martínez-Pinzón / College of Staten Island, CUNY

En *Colombia: una nación en formación en su historia y literatura (siglos XVI-XXI)*, el profesor de la Universidad de Oslo, Nelson González Ortega, aborda una antigua cuestión del discurso escrito: la intrincada relación entre la historia y la literatura, entre la realidad y la ficción. Más allá de la vieja discusión aristotélica que reduce los géneros —hoy disciplinas— a sus pretensiones de contar lo que pasó o lo que pudo haber pasado, González Ortega se encarga de analizar desde muchos registros teóricos —el neohistoricismo, la deconstrucción, la teoría de la recepción, etc.— cómo la “historia oficial” del Estado-Nación colombiano ha sido socavada por textos literarios claves de la tradición literaria nacional: en particular la obra de Gabriel García Márquez y *Delirio* (2004) de Laura Restrepo.

Nelson González construye un corpus que recoge materiales diversos. Va desde las crónicas y textos “forenses” del “Adelantado” Gonzalo Jiménez de Quesada, la historia independentista (J. M. Restrepo), eclesiástica (Groot) y literaria (Vergara y Vergara), hasta la llamada “Nueva historia de Colombia” (Jaramillo Uribe, Colmenares, Melo, etc.), el cine, el periodismo, la obra de Germán Arciniegas, pasando por la heráldica nacional y la literatura del boom y post-boom. Trazando un inmenso arco, el libro de González Ortega es un vasto esfuerzo por poner a dialogar distintos discursos en busca de lograr un objetivo cumplido con minuciosidad a través de concienzudos análisis semióticos.

Siguiendo la famosa definición de Louis Montrose sobre el neohistoricismo, González logra mostrar la historicidad de los textos y la textualidad de la historia. De esta manera, devela al historiador Álvaro Tirado Mejía, en su ya clásico *Introducción a la historia económica de Colombia* (1977), como un narrador que se vale de recursos literarios para dar cuenta de la factura literaria en su narrativización de la historia colombiana, al tomar prestados ejemplos de *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz o de García Márquez para ilustrar sus tesis históricas, entre otros. González Ortega también se detiene en la obra de García Márquez para mostrar cómo Macondo es la crónica histórica híbrida —mezcla de crónica de Indias con periodismo y parodia—, de una narrativización de una nación sin Estado en proceso de formación desde la colonia hasta nuestros días.

El texto de González, y esto lo sabe él mejor que nadie, también está atravesado por posiciones políticas en la forma en la cual su texto está escrito. Construye una narrativa histórica para su lectura política del canon historiográfico y literario colombianos de acuerdo con los cuales la historia colonial y la historia republicana (que él acota de 1863-1930) son prolegómenos para un despertar de la conciencia nacional contemporánea en las obras literarias de García Márquez y Restrepo. Una conciencia que se construye a través de una visualización del Estado colombiano actual como una máquina anti-nacional que impide la consolidación de una nación en formación.

Esta particular narrativa de la historia en González Ortega se logra a través de la representación de escritores como Vergara y Vergara o José Manuel Restrepo como “intelectuales oficiales” —ventrílocuos de una “historia oficial”— que implantó en nuestro siglo XIX una “ideología de la imitación” como forma de construcción de una narrativa de la nación. Esta ideología de la imitación tomó forma en lo que Nelson González llama “una patria cultural” (131), es decir, una representación eurocéntrica, helenística, hispánica, del devenir heterogéneo de la nación que excluye voces mayoritarias como las de las mujeres, los afro y los indígenas.

La metodología del texto de González —entre intelectuales oficiales y escritores de la verdadera nación— resulta problemática. Los conflictos por representar “lo nacional” en la literatura y en la historia no se zanján indicando quiénes han sido escritores oficiales y quiénes no. Es en la textura de las obras donde se ven las angustias y contradicciones de la construcción de la nacionalidad como discurso, sobre todo en el siglo XIX. Vergara y Vergara, por ejemplo, sin duda un autor hispanófilo y católico, no puede ser desatendido por el hecho de ser un “escritor oficial”; la ambivalente escritura de sus textos es claro ejemplo de las contradicciones inherentes a la homogeneización de una heterogeneidad étnica y cultural de la cual Vergara y Vergara fue un muy consciente testigo. El último acápite de su *Historia de la Literatura en la Nueva Granada* (1867), donde Vergara compila lo que él llama la poesía popular, es manifestación de su lucha interna (y de la de su generación) por hacer una

literatura nacional americana con antecedentes europeos. De ahí la figura del mestizo hispanizado. El problema del mestizaje —como cifra de la nacionalidad de la literatura romántica colombiana— es de extrema importancia para los escritores del XIX (y del XX también, valga hacer mención aquí del problemático discurso racial en García Márquez). El abordaje del problema cultural del mestizaje se echa de menos en el texto.

El esfuerzo por releer historiográficamente los textos fundacionales del proyecto nacional como textos literarios, y por tanto, infundidos de valores políticos y estéticos, es refrescante y necesario. No de otra manera se podrá revisar una historia y una literatura, como las colombianas, donde se siguen dando por naturales construcciones culturales como la nación, la región, “la violencia”, la “raza” y el “folklore” y, claro, la historia literaria de la nación.